



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TITULO: **Aproximaciones para el estudio de la acción social: De los reduccionismos objetivistas y subjetivistas a propuestas globalizadoras**

AUTOR: *Antonio Zamora Arreola* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

En este artículo se revisa someramente cómo se visualiza la acción social en los reduccionismos objetivista y subjetivista, para considerar, finalmente, la necesidad de contar con visiones teóricas más amplias que estudien la acción; para lo cual se contemplan posiciones filosóficas con pretensiones globalizadoras que son tomadas en cuenta en una propuesta metodológica que permita niveles de aproximación más amplios a la realidad, compuesta por una doble dimensionalidad explícita y no manifiesta.

ABSTRACT:

Approximations for the study of social action. From objective and subjective reductionisms to global proposals.

This article review briefly how social actions is visualized in subjective and objective reductionisms to finally consider the necessity of counting with ample theoretical visions that will solely study the action; philosophical positions are therefore contemplated upon with global attempts taken into account in a methodological proposal that will permit extensive levels of approximation of reality composed by an explicit and unmanifested double dimensionality.

TEXTO

Introducción

Como fenómeno propio de las ciencias sociales, la acción social ha sido estudiada desde diversos paradigmas [1] o corrientes teóricas de maneras distintas. Algunos paradigmas que tienen como eje de atención la estructura-aparato de un sistema social dado lo toman, en consecuencia, como referente para explicar la acción sin prestarle importancia, en absoluto, al sujeto que la realiza; por otro lado, hay escuelas teóricas que, ubicándose en posición contraria, analizan la acción teniendo como elemento indispensable para su comprensión y explicación al sujeto social que la realiza, ignorando por completo a la estructura-aparato.

Estas dos posiciones investigativas, finalmente, juegan el papel de dos reduccionismos opuestos en la teoría sociológica: el objetivista y el subjetivista (Tenti, 1984); situación que presenta una falsa dicotomía de lo social, pues obliga a estudiar polarmente la acción social desde lo macrosocial o desde lo micro, y construye un absurdo antagonismo entre

estructuras y sujetos que, en consecuencia, proporciona muy poco conocimiento de lo social construido (Góngora, 1988).

En este sentido, en este artículo tratará de revisarse someramente cómo se visualiza la acción social en cada uno de los reduccionismos, para considerar, finalmente, la necesidad de contar con visiones teóricas más amplias que estudian la acción contemplando siempre su relación con el sujeto social que la realiza y con el contexto donde se desarrolla, no sólo en su dimensión explícita sino también en la no manifiesta.

Definitivamente, estas ideas quedarán en un nivel de primera aproximación, bosquejándose apenas las implicaciones que encierran, por lo que conviene aclarar que el propósito de este documento es una revisión descriptiva de la temática, retomando autores representativos de distintas teorías del pensamiento filosófico social, así como de otros que en sus trabajos investigativos han abundado en la polémica; y lo que en todo caso llega a someterse a discusión no es, de ninguna manera, un conjunto orgánico de hallazgos resultado de diferentes esfuerzos filosóficos y científicos en las ciencias sociales, sino quizás superficialmente los puntos de partida de una búsqueda del conocimiento social, en este caso: diferentes aproximaciones para el estudio de la acción social. En efecto, con lo que a continuación se presenta apenas se anotan algunos elementos para un debate inicial que exige ser ampliado.

1. Reduccionismo Objetivista

Básicamente con una inquietud política está el reduccionismo objetivista, en el cual intervienen -separadamente, con dualidades e indistintamente enfoques funcionalistas, estructuralistas o marxistas. Este reduccionismo se conoce igualmente como estructuralista debido a que los investigadores de estas corrientes reducen lo social a lo que consideran su "esencia", la estructura.

Para estas tradiciones teóricas no interesa tanto el actor (sic) [2] que "realiza" la acción social sino la institución-aparato que los determina o configura, debido fundamentalmente a que los actores son considerados indignos para constituirlos en objeto de teorización, por estimar que no poseen la autonomía mínima indispensable para "decidir" en las acciones sociales, puesto que tales acciones se teorizan como ya dadas, como determinadas por la estructura social. En este sentido, estos paradigmas se asimilan como ciencia de estructuras, de fenómenos que trascienden y determinan las voluntades e intenciones individuales y por ende las acciones de los agentes. De ahí que sus acciones sean vistas como prácticas "casi obvias" que se ajustan a las reglas y lógicas de las instituciones-aparato; es decir, las acciones ejecutadas por los actores se aprecian como resultado inevitable de las determinaciones "objetivas" y no de estrategias subjetivas o intersubjetivas (Bourdieu, 1980).

Hay trabajos que se han esforzado por revisar estos determinismos, uno de ellos es el bosquejado por R. Boudon, [3] quien al esquematizar la "familia de los paradigmas deterministas" evidencia el reduccionismo en el que, con sus diferencias, caen tendencias que sólo ven lo que quieren ver en su análisis social. En particular, la acción social la someten a revisión sin prestarle ninguna importancia al actor que la realiza. La acción social se estudia en relación con tres supuestos: 1) como derivada y correspondiente del origen social del agente que la realiza (paradigma hiperfuncionalista); 2) como "ya dada", es decir, como resultante de elementos anteriores a la misma (paradigma del realismo hiperculturalista); y 3) como derivada de propósitos individuales determinados por la estructura del sistema social (paradigma del realismo totalitario).

El mismo Boudon esquematiza lo que él llama la "familia de los paradigmas interaccionistas", que tratan de explicar los fenómenos sociales como resultado de la composición de un conjunto de acciones, emprendidas por los actores y encaminadas hacia la búsqueda de objetivos. Pero si bien en los cuatro paradigmas de esta familia se contempla la presencia y cierta importancia de los individuos, asignándoles la responsabilidad de sus acciones en su concreción, sin embargo, sus voluntades y propósitos son remitidos, también reduccionistamente, a un esquema explicativo objetivista-estructuralista. Veamos:

1) El paradigma marxista supone a las acciones individuales como surgidas del libre albedrío, sin que para su concreción el agente tenga que considerar sus efectos en otras personas; no obstante, los propósitos que el individuo le imprime a sus acciones se consideran como ya dados, como determinados por la estructura social y, por lo tanto, estimados como redundantes para utilizarlos como objetos de estudio.

2) El paradigma toquevilliano. al igual que el anterior, supone las acciones individuales como surgidas del libre arbitrio; aunque estima que las finalidades imprimidas por los agentes, al estar determinadas por la estructura social, deben ser estudiadas para considerarlas como datos que ayudan a diagnosticar y caracterizar, no a los individuos, sino al sistema social del que éstos forman parte.

3) El paradigma mertoniano, que a diferencia de los dos anteriores, supone que las acciones de los actores no surgen de su libre albedrío, ya que estima que la interacción de los agentes se "caracteriza por un contexto de contrato". Por lo tanto, los individuos se aprecian como incapaces de determinar libremente sus acciones, porque están sujetos a una determinación contractual social.

4) El paradigma weberiano que interpreta las acciones individuales "como dotadas de intencionalidad", estimando que no se encaminan hacia la búsqueda de un fin, debido a que supone que ciertos de sus elementos son determinados por aspectos anteriores a las acciones en cuestión. Teorizando, por último, que toda acción implica la maestría de ciertas técnicas o conocimientos, cuya incorporación es también anterior a la acción (Boudon, 1980: 171-230).

Después de este recorrido podemos concluir, en relación con el reduccionismo objetivista que, aún cuando sus distintas teorías destacan de diversas maneras la realización de la acción social, su intención es no desprenderse de la evidencia, apelando continuamente a la objetividad que ofrece la estructura del sistema social. Este análisis, si bien ayuda a contemplar fenómenos como la reproducción o el cambio social, se restringe a una visión reducida, propia de los análisis macrosociológicos, los cuales "se prestan muy bien para la denuncia y la lucha contra el Poder y las relaciones de dominación a nivel de la totalidad social, pero son inocuos en lo que se refiere al entendimiento y la lucha contra las manifestaciones cotidianas y concretas" de acciones sociales vinculadas directamente con la dominación (Tenti, 1984:4).

Ante esta cuestión, es necesario reconocer la conveniencia de tener en cuenta la objetividad y determinación que ofrece e impone la estructura social, pero sin perder de vista el pensar y el actuar de los sujetos sociales, tratando de descubrir la intencionalidad y significación que le imprime a sus acciones. Todo esto es para posibilitar análisis más completos y de mayor utilidad en la comprensión de lo social, objetivo que se pretende abordar con este documento; lo que de hecho obliga aceptar que de los teóricos ubicados en el reduccionismo objetivista hay algunos que, sin separarse de la determinación estructural, proporcionaron pistas a este respecto. Como ejemplo, podemos citar a Max

Weber, independientemente de que algunos autores lo etiqueten como teórico de la macrosociología, otros le reconocen grandes aportes a la microsociología.

En este sentido, Weber define a la sociología como "una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos". El concepto fundamental en esta definición es el de acción social. Por acción se entiende una conducta humana con sentido subjetivo, es decir, con participación de la intencionalidad del sujeto. Cuando un obrar de esta naturaleza es motivado y condicionado por las conductas de los individuos con los que se relaciona el sujeto, estamos frente a una acción social (Weber, 1969: 5).

Esta idea es fundamental en el discurso weberiano, cuyo interés sociológico se resume en un esfuerzo por interpretar el sentido de la acción social. De acuerdo con esto, el investigador tiene que intimar con el actuar social para lograr llegar a la motivación real de los individuos, pues mientras el ambiente cultural esté más cercano del suyo, más fácil le resultará interpretar los comportamientos. Dentro de esta concepción comprensiva de la sociología, Weber sugiere un método de investigación sobre el sentido de actuar: conocer la acción por la forma como el sujeto la manifiesta ("comprensión actual") e interpretarla descubriendo sus motivos ("comprensión explicativa"). Aplicando estos dos procedimientos se llega a percibir la "conexión de sentido" entre la acción y la causa (Weber, 1969: 8-11). Este procedimiento no equivale a un acto de intuición, sino que se convierte en la formulación de hipótesis interpretativas que esperan su verificación empírica (Weber, 1969: 9- 10).

En el estudio de la sociedad, Weber señala que dada la continua transformación que sufren las acciones sociales de los individuos, lo que el investigador puede llegar a establecer son determinadas probabilidades representativas, confirmadas por la observación, en el sentido de que, dadas algunas condiciones específicas, se presentan ciertas condiciones sociales que pueden comprenderse por su sentido y motivos típicos (Weber, 1969: 16); por último, Weber apunta que la sociología, además de este método comprensivo, emplea el método comparativo y el imaginario, y que cuando no es posible establecer relaciones comparativas, entonces deben construirse relaciones imaginarias entre el fenómeno social y unas causas inexistentes, tratando de analizar cuál hubiese sido el curso probable que tendría la acción en cuestión (Weber, 1969: 10).

En suma, de Weber puede desprenderse la afirmación de que si bien la búsqueda de la ciencia moderna ha tendido a la evidencia, sin embargo, debe reconocerse que muchos de los "valores" y "fines", entre otros, de carácter profundo, que parecen orientar las acciones de los sujetos, no son comprensibles con plena evidencia; por lo tanto, la investigación social debe superar las apariencias para captar ampliamente la realidad.

Valga haber puesto como ejemplo a M. Weber para estar más atentos a lo que puedan sugerirnos pensadores que por su carga teórica fundamental se les encasilla en algún reduccionismo. Con esta anotación presente, pasemos al siguiente apartado.

2. Reduccionismo subjetivista

El reduccionismo subjetivista erige sus alternativas conceptuales exactamente en el polo opuesto en que se ubican todas las variantes del determinismo objetivista; por ello, contra las categorías "macro", las corrientes "microsociológicas" y subjetivistas de la fenomenología social [4] y las interpretativas o interaccionistas [5] reivindican al sujeto (sic) como constructor, prácticamente único, de lo social. Desde esta óptica, el mundo social emerge de acciones sociales resultado de la interacción entre sujetos que persiguen objetivos conscientes y que, por lo tanto, actúan con intencionalidades

particulares. Contra las teorías que reivindican al determinismo de la estructura, las leyes o contratos sociales, etc., el subjetivismo enfatiza la importancia de la situación de interacción y las capacidades interpretativas, de intencionalidad y de negociación que poseen los sujetos sociales en la configuración y conducción de sus acciones.

A pesar de que autores como R. Boudon encasillan a las teorías weberianas en los llamados paradigmas deterministas estructuralistas, son también varios los teóricos subjetivistas los que retoman críticamente muchos planteamientos weberianos, ejemplo de ello es A. Schütz. [6] En efecto, Schütz en sus conclusiones del estudio que hace de la sociología comprensiva de M. Weber, señala críticamente que mientras la acción siga siendo indefinida no se puede hablar del "significado a que apunta la acción" adjudicada por el sujeto social, dificultad que se agudiza por la falta de claridad con la que se caracteriza el concepto de "significado a que se apunta".

Por lo tanto, después de hacer un análisis de los procesos constitutivos de la acción, Schütz estima que inicialmente la acción social es "1) una vivencia que está 2) guiada por un plan o proyecto que surge de la actividad espontánea del sujeto, y 3) distinguida de todas las otras vivencias por un Acto peculiar de atención". Asimismo, en relación con la acción futura, anota el modo singular que puede tener "el acto proyectado, de acuerdo con el cuál éste es anticipado en su propio proyecto en el tiempo futuro perfecto". Además, con respecto a los conceptos de acción social y de relación social, destaca sus posibles modificaciones, "según si el objeto de la orientación-hacia-otro es un otro-yo del mundo de la realidad social directamente vivenciada, del mundo de los meros contemporáneos, del de los predecesores o del de los sucesores" (Schütz, 1972: 243-247); éstos, en particular, son elementos formativos de la intersubjetividad, que permiten asimilar los rasgos configurativos subyacentes en la experiencia humana.

Aquí conviene anotar una aclaración: "la filosofía de Schütz permaneció unida al punto de vista del ego y, por consiguiente, a la noción de que nunca podemos alcanzar más que un conocimiento fragmentario e imperfecto del Otro, cuya conciencia debe permanecer eternamente cerrada para nosotros" (Giddens, 1976: 18). Esto supone que los puntos de vista difieren entre el actor y el interlocutor, y por supuesto para el observador casual o no.

El reduccionismo subjetivista, además, se estructura como campo teórico alrededor de un conjunto de afirmaciones como las anteriores y como las siguientes: la realidad se aprecia como un fenómeno en cambio continuo y, por lo tanto, no puede ser explicada a partir de un conjunto de fuerzas sociales estáticas y deterministas. Desde el subjetivismo "la explicación causal muchas veces deja su lugar a la explicación intencional" (Pereyra, 1980).

Por otra parte, los trabajos de Schütz son un ejemplo de cómo se concibe lo social como "social construido" únicamente por las acciones emprendidas y concretadas por los sujetos, ya que se reivindica al mundo de la vida cotidiana, al mundo del sentido común, a la experiencia humana, al sentido vivido por los sujetos, a la intencionalidad, etc. (Schütz, 1974a). Es más, los conceptos científicos que se utilizan están teñidos de sentido común, de allí que no resulte extraño que aunque se asuma que la intersubjetividad se presupone como una cualidad casi obvia de nuestro mundo, se estima como indispensable que una filosofía que contemple "el sentido común plantee y aborde la cuestión de la intersubjetividad, para poder asimilar los rasgos formativos subyacentes en la experiencia humana", y "pasar a elaborar los principios metodológicos que están en la base de las relaciones entre las personas" (Schütz, 1974a: 19).

Lo expresado anteriormente se complementa con lo que Schütz teoriza, al recuperar algunos de los planteamientos weberianos, en relación con la interpretación subjetiva del

sentido: para lograr comprender la acción social, resulta necesario descubrir el sentido que el sujeto social le imprime a su acción, es decir, interpretar el sentido y/o significado que la acción despierta para tal sujeto. En esta lógica, se busca una interpretación subjetiva del sentido imprimido para conocer la forma en que los individuos se explican, con su sentido común, su conducta y la de los demás en su universo cotidiano, explicación que puede o tiene que abarcar los motivos y objetivos que le asignan los sujetos a sus comportamientos y a la concreción de sus acciones.

Todo esto, de alguna manera, le da cuerpo a lo que Schütz define como acción: "conducta humana proyectada por el actor de manera autoconsciente"; esta afirmación, de que la acción se origina en la conciencia del sujeto, supone que es el mismo sujeto social, y sólo él, el que la proyecta y el que le imprime propósito.

Asimismo, Schütz, tipifica a la acción como manifiesta y latente: 1) Las acciones manifiestas son precisamente aquellas que el sujeto, paralelamente, las proyecta y les imprime propósito; 2) las acciones latentes incluyen "todas las formas de decisión negativa en las cuales el actor decide, con un propósito determinado abstenerse de llevar a cabo determinada conducta manifiesta" (Schütz, 1974a: 22-23).

Después de esta sencilla revisión de lo que supone el reduccionismo subjetivista en torno a la acción social, podemos desprender algunos señalamientos críticos:

El problema principal del reduccionismo subjetivista, o de las teorías que pudiesen ser etiquetadas de esta manera, radica en que considera que el mundo del "sentido común", el mundo de la "vida cotidiana", con sus actores e interacciones, constituyen un mundo social cerrado y autónomo con sus particularidades y únicas reglas del juego, producto de interpretaciones, construcciones y negociaciones de los sujetos interactuantes.

Además, si bien las acciones sociales son concretadas por los sujetos en la vida cotidiana, lo cierto es que su configuración y afectación no se agota en el interior de esta esfera social, sino que debe aceptarse que la trasciende al formar parte, determinarse y coparticipar de y con una realidad social más amplia y compleja; por lo que si bien es importante clarificar las condiciones en que se genera y que matizan la acción, no es menos importante, entre otras cosas, analizar las consecuencias de la misma acción y la determinación de elementos mediados y no por la conciencia del sujeto.

En suma, el reduccionismo subjetivista al hacer un recorte micro sociológico en su análisis de la realidad social, impone en muchas investigaciones una metodología restringida, pues las observaciones se ordenan solamente con base en el sentido común, enriqueciendo a tendencias inspiradas en enfoques que rechazan el empleo de conceptos o categorías apriorísticas. En este sentido, estos enfoques informan más bien acerca del "cómo" se realizan las acciones sociales, de "cómo" se genera la vida social en el nivel de lo inmediato, pero no explican el "por qué" de éstas; por lo que los estudios que se ubican en este reduccionismo, corren el riesgo de convertirse en simples concepciones "ateóricas". Lo que final y contradictoriamente terminaría por fortalecer los enfoques opuestos que pretenden imponer la concepción explicativa de que todo corresponde a lo que determina objetivamente la estructura.

3. Hacia Propuestas Globalizadoras

Los reduccionismos bosquejados anteriormente permiten, entre otras cuestiones, identificar un eje problemático que se centra, fundamentalmente, en las dificultades teórico metodológicas de las ciencias sociales para resolver el problema de la inconexión y aislamiento que en la práctica investigativa se impone a la relación entre estructuras y

sujetos que determinan las acciones, la relación entre lo social objetivo (leyes, normas, instituciones, etc.) y lo social subjetivo (intencionalidades, apreciaciones, percepciones, voluntades, etc.).

Por lo tanto, quizás ya no resulte extraño apreciar cómo la mayoría de los estudios que han intentado analizar y explicar la concreción de la acción social, oscilan en torno a dos polos: o bien se tiende a eliminar lo social subjetivo considerándolo como simple efecto o resultado de lo "social verdadero", o bien sólo se asigna la dignidad de lo real a lo social percibido y vivido, al mundo de la vida cotidiana y del sentido común, tal como existe y se expresa en situaciones específicas y concretas.

En este sentido, resulta notorio que de estos dos reduccionismos se desprende una falsa dicotomía de lo social, abordándose, en su caso, la acción social polarmente desde el nivel macro o desde el microsocio, sin que se expliquen las posibles maneras de cómo se articulan o coparticipan los dos niveles; por ello, es necesario salvar esa errónea dicotomía, pues debe reconocerse que a lo máximo que se llega es a una contrastación entre sociedad y espacios cotidianos, entre estructuras y sujetos, construyéndose un absurdo antagonismo que proporciona muy poco conocimiento de lo que realmente sucede y acontece tanto en lo general del mundo social como en lo particular de la esfera cotidiana en donde se concretan las acciones. Niveles que suponen múltiples posibilidades de coparticipación y determinación mutua, puesto que, por ejemplo, el análisis del ámbito de la vida cotidiana, donde se concreta la realización de las acciones debe aceptar y considerar la dinámica de los aspectos existentes e intervinientes, tanto internos como externos, tanto explícitos como no manifiestos, que determinan y le dan sentido particular a las acciones sociales de cada contexto o ámbito específico (Zamora y Pineda, 1990: 6-7) y, a la inversa, en cada análisis de lo estructural deben buscarse estrategias que incorporen la coparticipación, determinación y contradicción de otros factores y niveles que dinámica, dialéctica y circularmente trascienden sus "fronteras", mismos que a su vez son intervenidos por otros niveles, tanto manifiesta como tácitamente.

En realidad, es en las décadas más recientes que esta preocupación se ha convertido en motivo sustancial de discusiones y análisis teóricos y corrientes filosófico-sociales, que en sus reflexiones y trabajos han intentado contribuir y alimentar propuestas de análisis más completas, con pretensiones integradoras y globalizantes. De hecho, de este esfuerzo y con sus limitantes particulares, hay ejemplos claros de estudiosos que se inscriben en distintas tradiciones; entre otros, destacan los representantes de la etnometodología y de la filosofía postwittgensteiniana, o bien de la hermenéutica y la teoría crítica, por citar algunas corrientes filosóficas renovadoras, alternativas y recientes.

Estas últimas teorías abordan, entre otros fenómenos y con matices singulares cada uno, la acción social considerando diferentes elementos concomitantes en la concreción de tal acción; por lo que resulta conveniente revisar algunos de los supuestos que manejan, aunque sea de manera acrítica, suscita y puntual:

1. La etnometodología. Integradoramente, recurre y pone su atención en la filosofía del lenguaje ordinario y en la fenomenología, sin recurrir al análisis motivacional que propicia Schütz. Más bien, de acuerdo a Garfinkel (1967), se preocupa en cómo las acciones en la vida cotidiana son interpretadas como fenómenos por los sujetos, interpretación que supone describir las acciones retomando las formas lingüísticas y con lo cual las palabras se asimilan también como hechos, aclarándose que un signo puede tener diferentes significados en distintos contextos.

De ahí que el propósito de la etnometodología es hacer que la explicabilidad de las acciones o prácticas sociales sea explicable en sí misma. Por lo tanto, para la etnometodología, la acción social debe ser tratada como racional precisamente sólo en tanto es explicable en sí misma (Giddens, 1976: 33-44).

Como podrá advertirse, la etnometodología contiene en sí misma una filosofía particular en las ciencias sociales, área en la que participa también la etnografía, que como parte de la antropología juega un papel paralelo a la etnometodología, aunque con un objeto y campo propio, así como con una construcción específica y delimitada, al estar nutrida igualmente por diversas corrientes de otras disciplinas sociales. La etnografía se destaca porque su papel no se limita sólo a registrar y describir, sino que intenta, además, interpretar las acciones sociales e interpretar el significado y sentido que asignan los sujetos a sus acciones, así como el significado de la intencionalidad que tiene en el contexto específico de realización de la acción.

En este sentido, la descripción y explicación debe abarcar tanto la importancia aparente como la no manifiesta de las acciones; en otras palabras, se concibe que la existencia del mundo social se constituye en términos de los motivos, interpretaciones y declaraciones que utilizan los sujetos para exponerlos. Todo esto implica no perder de vista el contexto particular y las determinaciones adyacentes a tales acciones, por lo cual es importante que el investigador se ubique en el lugar cotidiano y natural, y no artificial, de los sujetos que orientan y concretan sus acciones. De tal forma, "se pretende no sólo abarcar los aspectos a nivel micro", sino también tomar en cuenta elementos propios, explícitos e implícitos, del nivel macro, pretensión que permite el estudio y consideración de relaciones de lo cotidiano con instituciones sociales, culturales, económicas y políticas, situación que permite trascender el entorno inmediato, implicando contextos más amplios (Corenstein, 1988).

2. Filosofía Postwittgensteiniana. Su representante más cercano es P. Winch quien siguiendo la filosofía de Wittgenstein pone especial interés en "la acción, el significado y la convención en el contexto de la vida social humana" (Giddens, 1976: 18-21). Winch emprende un análisis para presentar un complejo de características interactuantes de la acción significativa que estiman lo siguiente: a) hay acciones significativas que se orientan y realizan por una razón; b) algunas de estas razones pueden no ser advertidas por el sujeto, puesto que pueden tener existencia a nivel inconsciente; c) por ello, las acciones "orientadas significativamente" son aquellas que carecen de total sentido para el observador casual; d) las acciones de significación social son aquellas que suponen un "estar comprometido" del sujeto con otros o con su entorno para actuar de una forma determinada; e) toda acción significativa está "ipso facto regida por reglas"; f) la noción de regla que rige acciones, debe contemplarse elásticamente, pues estima la existencia "de diversas clases de regla a la que se adhiere", respectivamente, cada "sujeto"; g) "los principios, los preceptos, las definiciones, las fórmulas, todas deben su sentido al contexto de actividad social humana en el cual se aplican"; h) para comprobar que el sujeto social en sus acciones está aplicando reglas, debe averiguarse qué sentido, entre lo correcto y lo erróneo, imprime en la realización de la acción; i) la costumbre en la realización de la acción "resulta siempre adaptable y susceptible al matiz de la situación"; j) "la posibilidad de reflexión es esencial para esa clase de adaptabilidad" y para poder considerar a una acción como significativa.

Con lo anterior, Winch concluye que toda acción significativa debe ser social y que representa la puesta en vigor tanto de principios reflexivos preexistentes, como de principios y normas que surgen en el curso de realización de la acción. [7]

3. Hermenéutica y teoría crítica. La hermenéutica no se presenta como un enfoque filosófico autónomo, pues en su origen y desarrollo se recurre a ideas de otras filosofías sociales. Esto se prueba en las tesis que mantienen sus representantes más destacados: Gadamer, Habermas y Apel; Gadamer, siguiendo a Heidegger, propone una estructura circular para lograr la interpretación comprensiva; círculo hermenéutico que en esencia supone una actitud ante la acción o cosa a investigar, de estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por la cosa misma, lo cual no implica neutralidad ni mucho menos eliminación de preconcepciones, sino simplemente la concientización y control de las propias opiniones, abriendo la posibilidad de confrontar la verdad objetiva de la acción con las propias opiniones previas del investigador (Gadamer, s.f.: 331-337).

Aquí se aprecia una clara articulación de aspectos objetivos y subjetivos para lograr la interpretación comprensiva, siendo clave en este círculo hermenéutico el considerar que los sujetos son construidos en relaciones sociales y por determinaciones estructurales e histórico-sociales, mismas que a su vez (relaciones y determinaciones sociales) son construidas por los sujetos y nuevamente, circularmente, los afecta a ellos y a otros, y viceversa en un círculo continuo; todo ello sin suponer una reproducción pura, pues se estima la posibilidad del cambio y de la movilidad histórica no sólo en el accionar social, sino también en el modo de comprender. Comprensión donde según Gadamer se alcanza la realización más auténtica del círculo hermenéutico de la interpretación comprensiva. [8]

Por su parte, Habermas y Apel, al vincular la hermenéutica con otras formas de análisis de las ciencias sociales, han retomado muchos planteamientos de Gadamer; asimismo, Apel y Habermas han considerado que las ciencias sociales son a la vez hermenéuticas y nomológicas y complementadas por la teoría crítica. Considerando como modelo, en la relación de estas tres tradiciones, al psicoanálisis, ya que si bien es ante todo interpretativo, cumple también con el objetivo de la explicación causal y, por último, de apoyar una tarea crítica.

Habermas sostiene que "la hermenéutica se dirige a comprender la participación de los actores en una forma de vida intersubjetiva, y por consiguiente hacia un interés en mejorar la comunicación humana o la comprensión de sí mismo. La teoría crítica está vinculada con un interés emancipador...buscando liberar a los hombres de la dominación por fuerzas que no comprenden o controlan" (Giddens, 1976: 59). Con respecto a la acción racional sujeta a fines, Habermas señala que "los significados en contexto que caracterizan la acción cotidiana tienen que ser captados hermenéuticamente por el observador científico social tal como por los participantes" (Giddens, 1976: 59 60).

4. Hacia una propuesta metodológica

El bosquejo de las corrientes filosóficas anteriormente anotado no da cuenta de la profundidad de sus análisis y debates, ya que apenas se apuntan algunos elementos sobre la temática tratada en este documento. No obstante, sus perspectivas y tratamientos con pretensiones globalizantes e integradoras de lo social, nos invitan a generar posibilidades teórico-analíticas para el estudio de la acción, que integren al conjunto de agente, factores y procesos que la constituyen y son constituidos por la misma.

Una posición y posibilidad que aquí podemos sugerir es que para el estudio de la acción social se parta de la vida cotidiana de tal manera que se consideren los elementos consustanciales a la misma, así como las determinaciones objetivas del nivel institucional-estructural que igualmente están presentes, penetran y coparticipan en los ámbitos cotidianos. Esto, evidentemente, no supone ver lo social dividido en dos partes -el mundo estructural por un lado y el mundo cotidiano por el otro-, sino por el contrario, significa

superar esa falsa dicotomía para analizar de manera integral e implicada los distintos elementos que constituyen la acción social y son constituidos por ella misma, todo ello desde y en el nivel cotidiano, considerando el sentido y comportamiento dinámico, dialéctico y contradictorio de lo social y, en particular, de los agentes, factores y procesos que lo integran.

Con esto, se está estimando que los análisis desde y en este nivel de lo cotidiano, nos permiten apreciar una realidad donde se generan y desarrollan una serie de procesos en medio de y gracias a una tridimensionalidad social. Tridimensionalidad que engloba la coexistencia de esferas que intervienen, coparticipan y se contradicen constantemente en cada realidad de manera singular; aunque en lo inmediato de las investigaciones, esas esferas suelen ser vistas sólo parcialmente y en un ángulo de evidencias aparentes. Apareciendo la realidad así, como parte única y absoluta de un solo nivel de lo social, realidad que se absolutiza y generaliza a partir de lo que puede deducirse y desprenderse de la dimensión manifiesta, definida como una resultante en la linealidad espacio-temporal, resultado de dogmas, ortodoxias y de apariencias (Zamora y Pineda, 1990: 8-9).

En este sentido, tenemos una realidad que, según lo anterior, está implicada y puede analizarse más precisa y ampliamente en el nivel de lo cotidiano, análisis que, sin embargo, tiene sus complicaciones para advertir y descubrir no sólo la multiplicidad de lo manifiesto (expresado en la objetividad de materialidades concretas como son las acciones, expresiones, relaciones, espacios, accesorios, reglamentos, etc.), sino también, y sobre todo para deducir y analizar lo tácito que está presente, coparticipa y envuelve a lo manifiesto (Wilber, 1987: 65-141).

Es decir, esta dimensionalidad de lo implícito juega, determina, contradice, conduce y niega dinámicamente lo que en las apariencias aparece como verdad absoluta. Dimensionalidad oculta que significa a lo manifiesto, penetrando y coparticipando en lo cotidiano, con una presencia simbólica y concreta de los niveles institucional y contextual (cultural, económico y político), así como de la participación individual considerando y no la subjetividad de los sujetos tanto de lo mecánico como de lo consciente; estos elementos en lo cotidiano, constituyen una tridimensionalidad de factores que están determinados y a su vez son configuradores de lo social.

En suma, lo social se compone y construye en una primera dimensionalidad, de lo explícito y no manifiesto, de manera procesual que incluye dinámica y contradictoriamente reproducciones y rupturas. Aunque, como arriba se dijo, en las investigaciones se presentan complicaciones no sólo de análisis, sino también para advertir y descifrar factores ocultos que intervienen en y son producto de lo social y, particularmente, de la concreción de acciones. Por lo tanto, con el propósito de que metodológicamente se faciliten análisis de este tipo, a continuación se sugiere la pertinencia de contemplar esta tridimensionalidad recuperando la composición de cada esfera y sus distintos niveles de intervención, como una posible aproximación para realizar estudios con perspectivas más amplias y globalizantes:

La primera esfera está compuesta por los sujetos en su singularidad (en la que se incluye lo consciente y no de la subjetividad) y por las diferentes relaciones que se dan entre ellos y por ellos, tanto verticales como horizontales y, en consecuencia, construidas por los propios sujetos, sin desconocer las posibles relaciones que pueden estar pautadas por la propia institución estructura; la segunda esfera se define por cada contexto social, al valorarse que cada espacio específico tiene una historia con figurada a través de un lento y largo proceso, toda vez que en su seno, en el tiempo y en la coyuntura, se han venido cambiando y aceptando colectivamente sistemas de reglas, costumbres y símbolos, produciendo, por lo tanto, en cada espacio, concepciones del mundo, actuaciones y

estilos de vida particulares; por último, la tercera esfera de la tridimensionalidad social está compuesta por las determinaciones objetivas generadas por el nivel de lo estado, de la intencionalidad interviniente de las instituciones-estructura, haciéndose presente en los ámbitos cotidianos a través, entre otras cuestiones, de normas y leyes esbozadas en los reglamentos y contratos, así como en rutinas generales y socializadoras que practican las distintas instituciones sociales, mismas que tienen la pretensión de regir y homogeneizar la organización, el conocimiento y las actividades imperantes en la vida cotidiana.

Esta vida cotidiana, finalmente, aunque está atravesada por lo homogéneo y lo rutinario, manifiesta principalmente la heterogeneidad, la diferencia y la particularidad, que se hacen palpables y presentes en los distintos espacios, en las acciones de los sujetos y, por sobre todo, en el pensar, sentido y significación particular que los individuos imprimen a sus prácticas. La situación de heterogeneidad se genera gracias, también, a la tridimensionalidad integrada por la coparticipación de las esferas antes mencionadas, y que son difíciles de vislumbrar, puesto que intervienen no aisladamente ni en perspectivas de inconexión; y es en la realidad cotidiana donde se integran dinámicamente en dimensiones manifiestas y tácitas.

Lo anterior permite comprender el por qué estas tres esferas o niveles que se expresan, determinan y coparticipan como tridimensionalidad en el nivel cotidiano, aún hoy en muchos análisis pasan inadvertidas. Cuestión que seguramente acontece por varias razones que hacen criticable a la ciencia moderna, una de ellas puede atribuirse quizás a la herencia y tradición que se arrastra por especializarse a partir de disciplinas inconexas [9] y, en lo particular, dependiendo del paradigma adoptado, por el uso común de permitirse recortar la realidad recuperando, por ejemplo, la concepción de los desniveles sociales (macro-micro). Otra razón puede ser que esta tridimensionalidad coexistente en lo cotidiano y constituida por lo cotidiano, forma parte de la realidad, pero sin expresarse en su totalidad de una manera manifiesta o materialmente clara.

Sin embargo, en la vida cotidiana estamos acostumbrados a contemplar lo aparente, a ver relaciones y hechos concretos entre los sujetos. En este mismo sentido, en muchas investigaciones no se va más allá de este acercamiento metodológico de lo inmediato; o bien, se trata de "descubrir", comprendiendo, las intenciones que los sujetos le imprimen a sus prácticas a partir, por ejemplo, de entrevistas y de las formas o estructuras lingüísticas, estrategias que intentan atrapar materialmente al objeto de estudio, y que descuidan, entre otros factores, el acercamiento a lo simbólico y tácito, que desde lo cotidiano se remite a las subjetividades "individuales alternas", representadas en un tejido de significados heterogéneos y contradictorios (Aristi, 1990: 181).

Por lo mismo, se puede afirmar que se está "educado" para dejarse llevar por lo explícito material, sin tomar en cuenta lo tácito de los fenómenos, sin enfrentar y considerar al orden implicado de lo que ignoramos por estar en una dimensión no manifiesta que se pliega y despliega en la realidad. Dimensión no manifiesta que dinámica y contradictoriamente envuelve, reproduce y transforma lo manifiesto (Zamora y Pineda, 1990: 9-11)

Con todo esto se estima que el nivel de lo cotidiano permite revelar el ámbito preciso que, simbólica y concretamente, supone la mediación contextual, histórica, cultural, económica e ideológica, en que los sujetos en lo particular y en su interactuar experimentan, reproducen, conocen y transforman la realidad social. En este sentido, los sujetos sociales, en la construcción de sus múltiples realidades concretas, internalizan -simbólica, consciente e inconscientemente- determinaciones estructural institucionales, políticas y culturales que al ponerse en práctica, muchas veces de manera mecánica e inconsciente, se traducen en acciones sociales que contribuyen a la construcción de una realidad, no

sólo referida a su ambiente inmediato. Por lo mismo, existe una prolongación de lo meramente cotidiano a un plano más amplio de lo social (Pineda y Zamora, 1988a :3-27); pero dialécticamente, en su sentido circular, contradictorio y dinámico, esa misma realidad, en algunos casos y con ciertas variantes, nuevamente vuelve a influir en los mismos sujetos e impactar a otros, con lo que incluye ingredientes para el cambio y la transformación social, negando todo principio de reproducción mecanicista y pura.

En resumen, se puede concluir que para el estudio de la acción social es conveniente tener un marco amplio de apreciaciones que vayan más allá de la evidencia, considerando: a la subjetividad de los sujetos, a las relaciones de éstos con ellos mismos y con la naturaleza, al contexto, a las determinaciones objetivas de la estructura, etc. Así podemos alcanzar comprensiones más globalizadoras de las acciones sociales a través, por ejemplo, de la tridimensionalidad propuesta en este documento, o bien permanecer abiertos a posibilidades más amplias de conocimiento de la realidad social.

En este sentido, podemos aceptar, con las limitaciones que ello implica, que, de manera dinámica, los sujetos sociales con sus accionar del todo consciente o no, conforman su realidad y a su vez son conformados por ella, ya que construyen y son formados por redes de relaciones sociales particulares, por tradiciones y por diferentes historias sociales que integran diversas reglas y mecanismos del juego social; de tal manera que los sujetos en sus relaciones con ellos y con la naturaleza son pretendidamente determinados por disposiciones estructurales con las que homogéneamente se pretende regir el camino e imagen de la sociedad. Sin embargo, los sujetos en interacciones y en ámbitos particulares, consciente y mecánicamente, incorporan, complementan, reelaboran y/o niegan dichas disposiciones; de ahí que de los espacios estructurados y reglamentados (como puede ser la institución-escuela o la fábrica) los resultados sean los socialmente esperados, o bien, superiores, contrarios o deficientes (Pineda y Zamora, 1988b: 126-130). En suma, esto representa una comprensión más global de la acción social como poseedora de una inteligibilidad radicalmente superior, diferente y contradictoria de aquella asequible a los sujetos, para quienes según la explicación hermenéutica, las acciones son superficialmente significativas, profundamente significativas o incluso profundamente carentes de significado.

Comentarios Finales

1. Este bosquejo presenta apenas algunas implicaciones de cómo han sido y son estudiados los fenómenos y procesos sociales, en este caso la acción social. Como se habrá apreciado, a la categoría de acción social resulta imposible revisarla de manera aislada, pues a dicha categoría le son inherentes no sólo categorías inmediatas como lo son la del sujeto y el contexto social, sino que es obligado considerar otras muchas, respetando los distintos niveles de que se compone y actúa lo social. En este sentido, la acción social, como categoría abstracta, tiene que complementarse en su revisión con categorías convergentes en su realización, tales como las nociones de estructura, Estado, instituciones sociales, ideología, poder, relaciones sociales, cotidianidad, sentido común, subjetividad, relaciones intersubjetivas, significatividad, etc., categorías que apenas fueron referidas muy superficialmente con autores que particularmente las consideraban claves y, sobre todo, porque la fundamental, la categoría de acción social, Sólo se tocó a manera de primera aproximación por la necesidad de esquematizar "tres" tradiciones en el análisis social.

2. La consideración crítica por parte de varios autores y corrientes de las tesis de M. Weber, demostró lo inocuo que en muchos casos resultan ser los etiquetamientos o encasillamientos, de los que se abusa para tipificar diferentes corrientes filosóficas o teóricas. En este sentido, las teorías weberianas han demostrado que aunque se les

encasille en los reduccionismos objetivistas, también se les han retomado como aportes para el subjetivismo y para perspectivas más globalizadoras, pues sus tesis se han podido replantear o han servido para formular enfoques más amplios o específicos.

3. Por otro lado, trató de evidenciarse lo limitado de los enfoques reduccionistas y la necesidad de apelar a perspectivas con pretensiones globalizantes o integradoras; por lo tanto, se mostró cómo a partir del nivel de lo cotidiano hay corrientes que persiguen propuestas más globalizadoras con intenciones no sólo interpretativo-comprensivas, sino también explicativas y de ánimo crítico, para favorecer el cambio social. En este sentido, se aprecia como la filosofía social corre la ruta que busca hacer de las ciencias sociales una herramienta de transformación para el mejoramiento humano.

4. Después de la revisión esbozada en torno a la acción social, se puede concluir que a pesar, o quizás a consecuencia de que el concepto de sujeto social ha sido muy utilizado como una forma de profundizar las nociones a veces de clase y otras de movimiento social, no hay consenso acerca del concepto de sujeto. En este sentido, se puede proponer hacer un uso flexible y en la medida de lo posible integrador y amplio del concepto de sujeto social: en algunos casos buscaría darse cuenta de articulaciones entre estructura y subjetividad (sujeto-clase social), en otros, se buscaría más el vínculo con el movimiento social (sujeto movimiento); en algunos se destacaría el componente cultural-territorial (sujeto-territorio); en otros se hablaría del sujeto como creador de visiones del mundo (sujeto inteligencia); o como sujeto-dirección organizada. O bien, en algunas cuestiones, habría que considerar la mayoría de este complejo de vinculaciones. Finalmente, se puede decir que el sujeto social sólo puede ser conceptualizado en su accionar concreto y específico y en contextos determinados, en los que cobra sentido y significación tanto su quehacer como su visión del mundo, así como el espacio que él imaginariamente ocupa en este último.

5. Finalmente, en los últimos años ha surgido un debate transdisciplinario, que va más allá de la interdisciplina (polémica en la que abundan lo mismo físicos que fisiólogos), que promete configurar una nueva perspectiva de la realidad no sólo social o física ni disciplinariamente, y que como parte de la corriente posmodernista presenta duras críticas a la ciencia moderna. De este nuevo debate y propuesta teórica, un claro ejemplo es "El Paradigma Holográfico", que pretendiendo una explicación en las fronteras de la ciencia, propone que "en la esfera explícita o manifiesta del espacio y del tiempo", el fenómeno de las cosas y de los acontecimientos aparece como "verdaderamente separado y discreto. Pero bajo la superficie, digamos, en la esfera implícita o de frecuencia, todas las cosas y acontecimientos son a-espaciales, a-temporales, intrínsecamente e indivisos" (Wilber, 1987:11); en efecto, en la integración de estas dos esferas "realmente" la realidad es inclusiva y entrelazada. [10]

CITAS:

[*] Investigador en la Dirección de Investigación de la Universidad Pedagógica Nacional.

[1] T. Khun concibe como paradigma a un sistema teórico dominante en la ciencia, que organiza y dirige la investigación científica en una cierta dirección, permite el surgimiento de algunas hipótesis e inhibe el desarrollo de otras, centrando la atención del investigador en determinados aspectos de su objeto de estudio y desconociendo otros. (Khun, 1978).

[2] Nótese que al individuo por lo general se le designa como actor o agente relacionado con la acción social y no como algunas corrientes subjetivistas conceptualmente le asignan la categoría de sujeto social con responsabilidad en la realización de la acción.

[3] Como ejemplos consúltense también: Castrejón, 1982; Karabel y Halsey, 1976; Khun, 1978 y s.f.; Tenti, 1984.

[4] Como ejemplos de esta corriente véanse los textos de A. Schütz, 1972; 1974a; y 1974b.

[5] Véase como ejemplo el texto de G. H. Mead, 1972.

[6] En lo general parte del pensamiento weberiano está presente en la obra completa de este autor, pero más aguda y críticamente en el texto de Schütz, 1972, particularmente en el capítulo "La formación de nuestro problema: los conceptos metodológicos de Max Weber".

[7] Véanse los textos de Winch, 1971: 42-64 y 104-111; y Giddens, 1976: 44-51.

[8] Véanse los textos de Giddens, 1976: 53-68; y Gadamer, s.f. 331-337.

[9] Cuestión problemática que puede plantear un reto no de interdisciplinariedad ni de multidisciplinariedad, sino quizás de lo que los posmodernistas están dando en llamar transdisciplinariedad. Un buen ejemplo e inicio de esta polémica es la alternativa planteada en el texto editado por Wilber, 1987, y en el de Morin, 1984; asimismo, dentro de esta discusión encaja muy bien el último libro de Balandier, 1990, como un debate particular en las ciencias sociales.

[10] Algunos representantes de la corriente posmodernista que con perspectivas particulares cuestionan a la ciencia moderna y que continuando la polémica presentan otras posibilidades para el quehacer científico, son: Baudrillard, 1987 y 1988; Castoriadis, 1987 y 1988; Deleuze, 1972; Lipovetsky, 1987; Lyotard, 1987a y 1987b; Morin, 1984; Touraine, 1986 y 1987; y Vattimo, 1986.

BIBLIOGRAFIA:

Aristi, Patricia y otros autores (1990) "El lugar del psicoanálisis en la investigación educativa. Aportes a la identidad y quehacer del docente", en Psicoanálisis y educación. F.F. y L.-UNAM, México.

Balandier, Georges (1990) El desorden. Ensayos sobre el caos y las ciencias sociales. Gedisa, México.

Baudrillard, J. (1987) Cultura y simulacro. Kairós, Barcelona.

Baudrillard, J. (1988) El otro por sí mismo. Anagrama, Barcelona.

Boudon, Raymond (1980) "Determinismos sociales y libertad individual", en Efectos perversos y orden social. Premio Editora, México: 171-230.

Bourdieu, Pierre (1980) "La muerte incautando a la vida. Las relaciones entre: la historia referida y la historia incorporada", en Actas de investigación en ciencias-sociales. Números. 32-33. París (Traducción Universidad Pedagógica Nacional, mimeo).

Castoriadis, Cornelius (1987) "Transformación social y creación cultural", en Vuelta. No. 127. México.

Castoriadis, Cornelius (1988) Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto. Gedisa, Barcelona.

Castrejón, Jaime (1982) "Las nuevas corrientes", en El concepto de Universidad. Océano, México: 67-75.

Corenstein, Martha (1988) "El significado de la investigación etnográfica en educación", en Factores que intervienen en la calidad del proceso educativo en la escuela primaria. Universidad Pedagógica Nacional, México: 21-37.

Deleuze, G. (1972) Repetición y diferencia. Anagrama, Barcelona.

Gadamer, H.G. (s.f.) Verdad y método. Sígueme, Salamanca.

Garfinkel, Harold (1967) Studies in ethnomethodology. Prentice Hall, New Jersey.

Giddens, Anthony (1976) Las nuevas reglas del método sociológico. Amorrortu, Buenos Aires.

Góngora, Janette (1988) "Procesos de conocimiento e investigación", en Pedagogía. Vol. 5, No. 13. Revista de la Universidad Pedagógica Nacional, México: 41-48.

Karabel, J. y A.H. Halsey (1976) "La investigación educativa: una revisión e interpretación", en Poder e ideología en educación. Oxford University Press, Nueva York (Traducción Universidad Pedagógica Nacional).

Khun, Thomas (1978) La estructura de las revoluciones científicas. Fondo de Cultura Económica, México.

Khun, Thomas (s.f.) "Segundas reflexiones acerca de los paradigmas", en La estructura de las teorías científicas (Actas del simposio. Sesión VI). Nacional, España: 509-533.

Lipovetsky, G. (1987) La era del vacío. Anagrama, Barcelona.

Lyotard, J.F. (1987a) La condición posmoderna. Cátedra, Madrid.

Lyotard, J.F. (1987b) La posmodernidad. Gedisa, Barcelona.

Mead, G.H. (1972) Espíritu, persona y sociedad. Paidós, Buenos Aires.

Morin, Edgar (1984) Ciencia con conciencia. Antropos, Barcelona.

Pereyra, Carlos (1980) "La intencionalidad en la historia (una discusión filosófica)", en Nexos. No. 30, México: 31-38.

Pineda, José Manuel y Antonio Zamora (1988a) Dinámica de las prácticas educativa y docente (Documento de trabajo). Universidad Pedagógica Nacional, México (mimeo).

Pineda, José Manuel y Antonio Zamora (1988b) "El proceso disciplinario escolar. Su importancia en la construcción de la práctica docente", en Factores que intervienen en la calidad del proceso educativo en la escuela primaria. Universidad Pedagógica Nacional, México: 123-152.

Schütz, Alfred (1972) Fenomenología del mundo social Introducción a la sociología comprensiva. Paidós, Buenos Aires.

Schütz, Alfred (1974a) Problemas de la realidad social. Amorrortu, Buenos Aires.

Schütz, Alfred (1974b) Estudios sobre teoría social. Amorrortu, Buenos Aires.

Tenti, Emilio (1984) "Alternativas teóricas para el análisis de la interacción maestro-alumno" en Expectativas del maestro y práctica escolar. Universidad Pedagógica Nacional, México: 1-18.

Touraine, A. (1986) "La inútil idea de la sociedad, el hombre, las ideas y las instituciones", en Galván, Francisco (comp. y tr.) Touraine y Habermas. UAM/UAP, México.

Touraine, A. (1987) El regreso del actor. Eudeba, Argentina.

Vattimo, G. (1986) El fin de la modernidad. Gedisa, Barcelona.

Weber, Max (1969) Economía y sociedad. Tomo I. Fondo de Cultura Económica, México.

Wilber, Ken (1987) El paradigma holográfico. Una exploración en las fronteras de las ciencias. Kairós, Barcelona.

Winch, Peter (1971) Ciencia social y filosofía. Amorrortu, Buenos Aires.

Zamora, Antonio y José Manuel Pineda (1990) Una aproximación para el estudio de la práctica docente. Reflexión sobre un marco referencial para el análisis de los procesos educativos en el aula escolar. Universidad Pedagógica Nacional, México (Mimeo).